

ANDREY MEDINA

EGRESADO LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NARIÑO

*Oh, señor Diablo, maestro rabudo y tortuoso,
no nos atormentes en esta vida ni en la hora de la muerte.*

Así sea.

Fernando González

“Charlas con Lucifer”

En el momento que llegó el diablo todos corrieron, aún no era medianoche, incluso pensé que era otro amigo disfrazado. La hora no era propicia para tal espectáculo, por eso no me sorprendí, ni mucho menos lo creí posible, pero al ver a los demás desesperados huyendo recapacité; era que efectivamente estaba en presencia del maligno.

– Si no reaccioné de la manera más normal que es huir, debió haber sido por algo – me dije.

Si los demás se marchan debe ser por no tener de qué hablar, o no ser dignos de una charla con él. Tal vez el demonio notó que estábamos hablando sobre temas de su interés, pero no con la actitud con que se deben discutir, sino con carácter informal, grotesco, popular, y pretendió intervenir en el diálogo para percatarse de que lo hagamos como Dios manda. Quizá eran tópicos de mente abierta y la opinión suya era totalmente válida y necesaria, quizá deseó dar a conocer sus teorías frente a los problemas planteados o simplemente ya había llegado mi destino.

Desbaratado del miedo me volví a sentar en la banca respirando profundamente, retractando mi expresión de pánico para mostrarme amable y dispuesto a la próxima cháchara. Encima de la banca, el demonio miraba al horizonte, su rabo se deslizaba por el suelo; mis ojos lo voltearon a ver, él también

hizo lo mismo, vi reflejada una silueta en un rayo de luna que brindó un rasguño

en las nubes. Nuestras miradas fueron penetrantes e indiscutiblemente se robó mi cordura, sin embargo, con ello también se esfumó el espanto que dio paso a un misericordioso diálogo que más parecía un monólogo con mi parte reprimida e intelectual.

– ¡Oh! señor diablo, ¿cómo ha estado?

Fue lo primero que pretendí decir para romper el hielo que nunca hubo, más esa no era la manera de entablar una conversa con alguien que aún seguía mirando a lo lejos con una seriedad de estatua, y mucho menos ese era mi estilo para charlar con alguien a quien no tenía confianza, así que opté por comportarme como él lo estaba haciendo; yo también mire al horizonte perdido entre las ramas de un paisaje, eso lo hizo regresar de su estado de gárgola sentándose a mi lado.

– ¿Qué es lo que tanto miras? Me preguntó.

Yo no sabía qué miraba, solo lo estaba imitando y mi pensamiento no era cabal, de lo contrario no hubiera permanecido en un escenario tan particular. Era necesario responder a su pregunta con otra, para que él me dijera lo que los dos estábamos mirando. Mis nervios ya no estaban, la luna hizo su aparición y con ello mi pregunta, o mi respuesta a lo que se me había preguntado. Si ya estaba perdido nada perdía en perderme con las interrogaciones hacia el mal. Cordial y con reservas, sin titubeos le dije que el paisaje era poco atractivo, no había nada que ver, y que su pregunta perfectamente se la podía regresar con el mismo ahínco. Su respuesta, lo que yo percibí como eso, me hizo retomar el miedo.

– Perseguí encontrarme conmigo mismo, y en una sesión de meditación aparecí en esta banca.

Me tapé la boca, volteé mis ojos al lado opuesto del demonio, creí mi vida hasta ese instante todo un juego. En mis adentros me pregunté:

– ¿Soy un viaje astral del diablo o el diablo al querer desdoblarse se topó conmigo? Esos interrogantes no me dejan dormir, no recuerdo muchas cosas de esa noche, redacté este escrito con el fin de conmemorar algo de lo que verdaderamente ocurrió.

– ¿Tú que crees? Le dije. Él cruzó su pierna encima de la otra y se acarició la barba con las manos huesudas.

– Siempre me he rozado con humanos en un estado muy contrario a este, es la primera vez que mi meditación del medio día no me hace aparecer en medio de un rito satánico.

Pensé que no era tan malo dar una nueva experiencia al diablo, tal vez tendría piedad de mí como lo hace mi mujer cuando estoy con resaca. Fui iluso al querer mentirle al maestro de la mentira diciéndole que dicha situación era un sueño, que ya iba a despertar con ganas de insultarlo para que no me perturbe el ensueño.

– ¿Seguro que esto es un sueño? ¿Seguro que el frío de esta noche no es real? ¿Estás seguro de que estás aquí únicamente porque planeé aparecer en tus sueños?

Esas tres dudas, más que eso, fueron aclaraciones.

Si para el rey de los infiernos era raro que por primera vez no apareciera en un rito satánico, era la primera vez que yo lo miraba fuera de las ilusiones del mundo onírico. Sin saber cómo esquivar sus inquietudes y deseando cambiar de tema, le pregunté:

– ¿Cuál es tu verdadero nombre?

– Tengo tantos, ni yo mismo lo sé, pero esta noche soy Agustín.

Lo dijo con tranquilidad absoluta. Al escuchar ese nombre, yo caí en un abismo interminablemente perturbador.

La silueta, en constante devenir, proporcionaba materialidad a la luna; mi torpeza se agudizó al escucharlo, intenté arrancarme las orejas para no seguir atendiendo al demonio. Sumido en risas y llantos, llantos de él y risas mías, le dije que me hiciera surcar los sueños de los demás antes de despertar de éste, y su llanto se transformó en risa.

– ¡Que no es un sueño! Dijo alzando la voz con tono autoritario y de ofensa.

– ¡Si no me crees, córtate una oreja para que veas que siempre hablo con la verdad! Y así terminó la frase para acabar con mi escaso juicio mental. Me aterró. ¿Cómo este ser supo mi propósito en contra de mis orejas? Eso terminó de atormentarme.

La charla se tornó incómoda, sus tantos nombres empezaron a hablarme sin tener un mensaje claro; un río de voces me inundó hasta que una sola, como del más allá, me gritaba, me decía que soy un loco.

– ¿Qué pasa mi socio? Usted está loco. Salió corriendo a la banca de enfrente, primero se subió en ella mirando como poseso a la loma, después se sentó, se tocaba la barba, parecía que se la iba a arrancar, empezó a hablar de sueños, de vainas raras. Nosotros nos quedamos aquí, asustados, pero no nos quisimos ir para no dejarlo solo; después, no sabemos de dónde, sacó un cuchillo, se iba a cortar una oreja. Ahí nos pusimos alerta, y antes de que lo hiciera lo empujamos al suelo.

Desorientado como un ademán de Eolo no sabía dónde estaba, quién era... Y la voz prosiguió para rematar mi desorden mental.

– ¿Qué le pasa socio, está bien? ¡Díganos algo, Agustín, reaccione!